

## ANIVERSARIO 155 DE SU NATALICIO

### Brindis de Salas

el legendario Paganini Negro



Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido (1852-1911) Uno de los violinistas cubanos más famosos de todos los tiempos. Ganador del 1er premio en el Conservatorio de París, fue el primer cubano que actuó en un escenario ruso, San Petersburgo, 1880. Tuvo el título de Barón de Salas, se le conoció además como "El Paganini cubano" o "El Rey de las Octavas". Llevó una vida desordenada y bohemia que le deparó un triste final.

#### Luis Manuel Molina

«Cuando los genios llegan a la cúspide de su grandeza, no encuentran paralelo ni con los genios mismos. El cielo esta poblado de

astros, pero el Sol es único en su grandeza». Esta lapidaria frase realmente retrata la personalidad y trascendencia artística de nuestro Claudio José Domingo Brindis de Salas, «el rey de las octavas», artista bohemio y romántico, virtuoso consumado, quien dentro de la pléyade de violinistas cubanos fue el sol indiscutible en el firmamento musical de nuestra patria.

Según los testimonios de quienes lo escucharon personalmente, la sola presencia de Brindis en un concierto, su majestad y carisma (pese a los prejuicios de la época debidos al color de su piel), imponía respeto y despertaba admiración al instante. Su elegancia y sus maneras señoriales le daban un aire principesco, y cuando rozaba su arco con seguridad y maestría, por las cuerdas de su mágico violín hacia vibrar hasta los más duros e insensibles corazones.

En incontables ocasiones, los más selectos auditorios europeos rompieron en cerrados aplausos, para así premiar el arte incomparable de este artista de ébano, que brilló con luz propia en los más exigentes escenarios y cortes aristocráticas del momento. Su estilo fue tan personal y absoluto que tanto los especialistas como los *dilettanti* se inclinaron a su paso como si fuera un ser sobrenatural que invadiera el espacio de los mortales con las sublimes notas que arrancaba de su violín, impregnadas de las angelicales voces de las esferas celestiales.

Cuando Brindis de Salas oficiaba en el altar de su arte, se operaba en su yo material una completa transfiguración. Su sensibilidad se

agudizaba, y entonces no era el virtuoso que desdoblaba su dominio del difícil instrumento, temeroso de las asechanzas del error o de las incomprendiones del auditorio. Sus energías se trasmutaban en un poder supraterráneo; su mirada relampagueaba; sus dedos se multiplicaban, alcanzando agilidades incomprensibles, su arco hacía pesar, en los nervios de su instrumento, la hondura de su espíritu y el torrente de su temperamento, y ebrio de emoción, en una crisis de facultades y de sentimentalismo que inconscientemente lo arrastraba a un campo de milagros, derrochando técnica y expresión, Brindis se transportaba a regiones desconocidas, se olvidaba del auditorio que lo escuchaba absorto. Se iba de la tierra, y con aquel aliento de gigante que fue la característica de su personalidad, expresaba las obras como él sentía que debían expresarse, no porque fuera irrespetuoso, ni incorrecto, ni efectista.

Este glorioso intérprete del violín realizaba de modo inimitable, el valor de las composiciones que ejecutaba, que surgían de aquel mágico violín en un reflujo de desbordamientos sonoros y de exquisiteces maravillosas. Brindis de Salas era un soñador, orgulloso de su arte y de sí mismo, que se embriagaba arrancándole sonidos a su instrumento. Como no gustaba de tocar sino cuando él quería, y sediento de gloria, necesitaba el calor de las ovaciones, aborrecía y amaba a un mismo tiempo el aplauso.

En el período de mayor esplendor de su arte como violinista y en el que conquistaba sus más resonantes triunfos en Europa y América, ofrecían conciertos y brillaban a la par del músico cubano violinistas de renombre como el belga Eugene Ysaye, el noruego Ole Bull, el genovés Ernesto Camillo Sivori, brillante y único discípulo de Niccolò Paganini y fiel continuador del estilo de su maestro. También el alemán Joseph Joachim, el famoso español Pablo Sarasate, y el entonces joven virtuoso que daba los primeros pasos de una futura y fulgurante carrera artística, el austriaco Fritz Kreisler. Con estos notables competidores en boga, egresados de los más afamados conservatorios, era algo difícil abrirse paso si no se poseían facultades extraordinarias. Una vez más el genio de Brindis logró salir airoso e imponer su arte, paralelamente al de estos ilustres artistas.

El proceso de aprendizaje de Brindis de Salas fue algo significativo al ganar durante dos años consecutivos el Premio de Honor del Conservatorio de París. Sus profesores, Hubert Leonard y Charles Dancla, le aseguraron un porvenir glorioso. Corroborando este profético vaticinio, los públicos más refinados de Alemania, Austria, Inglaterra, Rusia y Polonia se daban cita en las salas de concierto para escuchar al Paganini negro. En España su presencia causó sensación, y el gran político don Emilio Cautelar le dedicó las más calurosas frases de elogio y le dispensó honores por la grandeza de su genio.

En Berlín fue nombrado «violinista de cámara de su Majestad el emperador de Alemania», quien lo condecoró con la Cruz del Águila Negra. El eminente crítico parisino Oscar Commentant, en el periódico *El Siglo*, emitió el siguiente juicio después de escucharlo: «Una mano oculta arrancaba a su instrumento las más sublimes notas, haciéndolas aparecer como emanadas del cielo».

Posteriormente a estos años de gloria, la bella novela de la vida del célebre músico negro tuvo su fin: un triste, corto y espantoso epílogo se aproximaba a nuestro Brindis de Salas, quien murió solo, pobre y olvidado, en Buenos Aires, en la madrugada del 2 de junio de 1911, a causa de su vida desordenada, bohemia y romántica.

Según nuestro poeta nacional Nicolás Guillén: «Fue grande Brindis por su genio artístico, por el contenido de su personalidad rara, poderosa, impar. Y la visión de su vida, azotada por un torbellino de pasiones, miserable unas veces, fastuosa otras, siempre inexorablemente humana, nos brinda con frecuencia fina sustancia romántica entreverada de aquella locura que, en los hombres superiores, suele ser la única condición razonable».